5. Acerca del ejercicio del dominio a través de la crueldad

> El hombre de tus sueños no puede ser un mequetrefe que siga a su mujer a donde esta diga. Si a una mujer no la domina un hombre la dominan sus caprichos. ¿No prefieres que te domine yo?
>
> *Pubis angelical*. Puig

En la lectura anterior he citado a Cesare Pavese. Expuse, como ejemplo de pensamiento bello, un fragmento de *El oficio de vivir*, conocido también como el *Diario* de Pavese. Y la idea central de la cita era la de la literatura como defensa. La vida nos pondría en ciertas situaciones que nos harían daño y la literatura sería capaz de defendernos al capturar, en las obras literarias («avisadas construcciones»), esas traumáticas eventualides para advertirnos de ellas. Por supuesto no a un nivel superficial sino a un nivel profundo. No es que *El Quijote* nos advierta –por poner por caso– de los peligros de convertirnos en caballeros andantes anacrónicos, sino que nos habla de la dimensión trágica del idealismo. Por supuesto que me refiero con «trágica» al destino del héroe trágico, que inevitablemente se dirige a la muerte o al ostracismo. También nos presenta el *Quijote* la fuerza del ideal y de la incomprensión a la que se enfrenta todo aquel que intenta imponer valores perimidos a una realidad decadente. ¡Y eso sí que nos podría ocurrir! Ninguna de estas ideas nos parece extraña o se nos oculta ya, no es necesario leer a Unamuno para entender ese sentido en el *Quijote*, por eso el periplo quijotesco constituye un excelente ejemplo de cómo funciona el diálogo entre la literatura y la vida.

Dije entonces que podríamos perfectamente sustituir «literatura» por «arte». Y si bien reconozco que no todo arte es creador de alguna forma de conciencia acerca de la realidad (existe mucho arte que es mero entretenimiento) también existen expresiones artísticas que acusan y prevén aspectos diversos de la realidad a nivel profundo. No necesariamente político, como quería Sartre, pero no hace falta hacer política para dialogar con la vida. El texto político es una forma como tantas de denuncia. Este es el momento en el que evito la vieja discusión acerca de la imposibilidad de escapar de la política que hemos leído sobre todo en Foucault, pero que ya Marx nos había enseñado.

Un paso más allá de toda esta hojarasca está lo que hemos llamado «filosofía». No toda la filosofía. Mucha filosofía *es* esa hojarasca. Tal vez solamente un pequeño sector de la filosofía y del pensamiento, pero muy valioso, no lo sea. ¿Qué tienen en común literatura, arte y filosofía? Lo primero es su indubitable carácter humano. Para otra especie –para otra especie terrestre al menos–, tanto la literatura como el arte en general, como la filosofía, son cosas inimaginables.

Así, a decir verdad, se trata de la manifestación de una capacidad humana y un uso especial de la inteligencia. Esta capacidad, aunada con la de la escritura, hace de la *captura* de ciertos órdenes algo no sólo posible sino radicalmente necesario y «humano». Es entonces la inteligencia latiendo en el interior de todas estas actividades como un corazón abstracto, insuflando la vida en cada construcción.

Pensar nos separa de los animales, pero nuestra naturaleza animal amenaza siempre con resurgir.

*

No somos sólo animales, pero somos animales. Es natural, entonces, que seamos territoriales. Es «territorialidad» la competencia por conseguir y conservar recursos. La territorialidad es la defensa del territorio, lo que es lo mismo que luchar por salvaguardar nuestras fuentes de recursos.

Poder disponer a voluntad de los recursos es la razón de que nos sea deseable el territorio. Por lo tanto, el poder es la capacidad de ejercicio de la voluntad. Cuando podemos ejercer nuestra voluntad sobre algo o alguien, lo dominamos. Cuando alguien o algo ejerce su voluntad sobre nosotros, nos domina. En las relaciones humanas, ciertamente, habrá alternancias, pero allí deberemos echar mano a una noción algo vaga pero no obstante, de una utilidad sustantiva. Podemos hablar de «ejercicio estadísticamente recurrente de la voluntad de A sobre B» para definir a A como «dominante» y a B como «dominado». Es decir que si en una serie de situaciones dadas, la voluntad de A es la que define mayoritariamente, históricamente, la decisión final del par A/B, A es el dominante en el par y B el dominado.

Dominio y territorialidad son comunes a humanos y a animales, y el pensamiento abstracto es una característica que únicamente poseemos los seres humanos. El pensamiento abstracto denuncia el carácter animal de otras conductas y por lo tanto, previene de ejercer o sufrir la acción animal, instintiva, refleja e irreflexiva. Ante estos condicionantes de la conducta, los animales no pueden esgrimir defensa alguna; son su instinto. Pero nosotros tenemos la capacidad de elegir. El pensamiento abstracto, elevado, es nuestra garantía y salvaguardia contra la animalidad.

Escribir este texto, por ejemplo, me hace menos animal.

Los seres humanos integramos el orden natural y estamos regidos por las mismas necesidades que los demás seres vivos. Pero se infiltra en nuestras acciones la territorialidad animal y ejercemos el dominio inclusive cuando pretendemos pensar. Competimos y utilizamos la violencia (física o simbólica) para obtener y conservar recursos. Es inevitable. Es fatal. La superposición de estructuras complejas no logra borrar del todo el carácter primitivo de los impulsos de competencia por recursos.

El principio eterno y regulador del universo es el equilibrio. Al reconocer la imposibilidad de relaciones de poder simétricas podría asumirse que ese hecho significa desequilibrio, pero no es así. El equilibrio siempre halla la manera de resurgir e imponerse, inclusive en aquellas situaciones que podrían parecer menos propicias para ello. Los extremos de la relación de dominio, el dominante y el dominado, se encuentran trabados por necesidad en sus roles. Esa necesidad no es otra que la de la toma de decisiones conjuntas, en una unidad *bivoluntaria* que estadísticamente distribuirá de manera regular y asimétrica el poder. Como el poder no puede simplemente desvanecerse y las decisiones deben tomarse no sólo cuando está en juego un destino individual sino cuando dos destinos se definen simultáneamente, no puede quedar poder sin ejercerse; no puede librarse al azar la toma de decisiones. Para que el poder no se desperdicie, debe existir la asimetría, que asegurará un equilibrio entre partes necesariamente diferentes. Al que ceda el poder en un par, el universo le proporcionará alguien que busque detentarlo. Al que quiera detentarlo, uno que lo ceda.

El poder siempre se distribuye. La distribución de poder es fatal debido a que la realidad siempre se ordena, siempre acomoda en equilibrio sus partes; alguien que cede poder crea a alguien con más poder que equilibra la relación asimétricamente, porque el poder no se desperdicia, sólo se toma o se cede. Si alguien ocupa el lugar de dominante tomando el poder, solamente le deja dos alternativas a la otra parte; o no acepta y entra en conflicto (con la posibilidad latente de colapso de la relación) o acepta el lugar disponible y pasa a ser dominado, tomando el poco poder que se le permite tomar. De ahí que un dominante necesite siempre a un dominado y que un dominado necesite siempre a un dominante (o voluntad fuerte que se le imponga).

Relaciones familiares, laborales, amorosas, comerciales, sexuales, de amistad, y en fin, relaciones de todo tipo entre seres humanos están regidas por esta asimetría del poder que funciona en el interior de la sintaxis «relación de dominio».

*

Llamaré «rehén» a un valor dentro de la sintaxis «relación de dominio». El rehén no tiene por qué ser una persona, puede ser cualquier cosa. Inclusive la relación misma entre dos partes. A través del rehén ocurre la extorsión. Por supuesto, cuando el rehén es la relación también son rehenes aquellos beneficios que el dominado obtiene por la relación misma, puesto que el carácter de rehén, la *rehenitud* tiende a ser extensible.

Si a una entidad cualquiera le interesara salvaguardar la existencia de otra, la condición de rehén se extendería desde la segunda a la primera, de manera tal que ambas quedarían atrapadas en la misma estructura de dependencia. Una por amenaza directa y la otra por su interés en preservar a la primera.

De ahí que la manifestación de interés resulte siempre peligrosa, porque evidencia vulnerabilidades explotables contra quien las muestra.

Si yo no quiero que a mi hijo le ocurra algo malo yo también soy rehén de los secuestradores, puesto que mi voluntad está totalmente sometida a la de los secuestradores. Si yo no quiero que una relación termine, yo también soy rehén de quien la amenace, puesto que me transformo por extensión en rehén.

La supervivencia o no del rehén es de gran importancia para el dominado, pero no para el dominante. Para el dominante importa en la medida en que le permite someter a otro, pero deberá manifestar total indiferencia. Si el rehén muriera, el dominante podría seguir con su vida sin problemas. Pero si el rehén muriera, el dominado sufriría gravemente las consecuencias de su pérdida.

El dominante se mueve en el ámbito de la posibilidad, insinuando la pérdida y sus consecuencias. El miedo del dominado es su arma.

Demostrar interés en el rehén es demostrar debilidad. La única manera real de destronar al dominante es volviéndose indiferente a la suerte del rehén. Mientras el dominado demuestre interés en la supervivencia del rehén y su salud (a través de rituales de sumisión consensuados o «actitudes de sumisión») no hará otra cosa que perpetuar la relación de dominio en la que está inmerso y su lugar de dominado.

La conducta de quien no quiera ocupar el lugar de dominado debe contener una amenaza tácita de extinción del rehén. Una prudente lejanía, una reserva constante con respecto a la necesidad de conservar la existencia del rehén; en suma, demostraciones gestuales tanto tácitas como explícitas de la capacidad de ser implacable, carente de sentimientos, dejan en claro al dominado el lugar que ocupará cada uno en la relación; es decir, la distribución de roles, la distribución de poder. El dominado pierde así control sobre su vida.

Las manifestaciones de atención, de interés, de deseo (regalos, invitaciones, gestos de afecto) son todos rituales de sumisión, síntomas de debilidad; actitudes de sumisión. La única forma de entrar a una relación y no hacerlo como dominado es como requerido (diciendo «sí» o «no» al establecimiento de la relación) y dejar espacio para que el requirente actúe y se comprometa solo; se enrede en su propia necesidad idealizando, alterando la realidad para acomodarla a sus deseos. Si ello no ocurriera, al dominante no debería importarle. Si le importara, sólo debería ser «hacia adentro», nunca demostrando interés. La exteriorización de debilidad indefectiblemente conduce a la sumisión en esta «realidad máquina», implacable y amoral.

La felicidad del dominante siempre estará restringida y la infelicidad del dominado, segura. El dominante tarde o temprano se desinteresará. No hay reto en dominar constantemente. El dominado vivirá

con intensidad cada momento del vínculo –esa será su felicidad, aunque precaria porque posiblemente imaginará su condena–, pero sufrirá también con intensidad la ruptura, puesto que la relación en sí misma es rehén, y a su extinción, se extinguirán también todos los beneficios que obtenía de su permanencia (los demás rehenes).

*

El dominante se encuentra en una situación paradójica. En un universo equilibrado como el nuestro, todo «se paga», todo «se equilibra». Así las cosas, la paradoja del dominante consiste en que habrá de «pagar» para equilibrar el poder que le es otorgado con una condena fatal. La condena del dominante es un destino solitario; en compañía o en soledad real. El dominante no sentirá jamás que su contrapartida estará en equilibrio con él porque inevitablemente habrá de colocarse «por encima» de ella, transformándola en dominada. Por eso, un dominante no puede satisfacerse. Si elige acompañarse de un esclavo se hastiará, se cansará y perderá interés. Si elige acompañarse de una voluntad fuerte, irá inevitablemente rumbo al conflicto, puesto que intentará someterla y eso será inaceptable para la voluntad fuerte. La tensión aumentará hasta que ocurra el colapso (se abran los lugares, sean abandonados y la sintaxis vuelva a constituir una abstracción pura). Si mantiene la relación habrá de reconcentrarse sobre sí misma, creando una doble conciencia guiada por el rencor y la mentira. Lo que la conduce inexorablemente a la soledad dentro de la relación misma. Si elige el conflicto con una voluntad fuerte y conserva la estructura, el camino se volverá una batalla constante. Ambas querrán tomar decisiones y deberán ceder ocasionalmente; lo que llevará también al rencor y a la generación de doble conciencia. Aquí, «doble conciencia» es simplemente construir una situación ideal para la otra persona, mintiendo. Pensar algo diferente a lo que se manifiesta cotidianamente. Esa postura lleva a que se pueda dar por finalizado un vínculo, puesto que realmente jamás ha existido un compromiso real, o si ha existido, ha dejado de existir. Esto no es otra cosa que una forma de deshonestidad.

*

El dominado posiblemente saque más provecho de la relación. O, como me gusta decir: «la viva con mayor intensidad». Pero se sabrá siempre bajo amenaza. Sabrá que la relación no durará, que será hasta que el dominante se canse de abusar de él y se vaya. Luego, tiene la condena de la pérdida y su recuerdo, de la que es posible que jamás se recupere y a la que glose en maneras sumamente creativas. El dolor emocional es una forma de vivir la vida con intensidad, cosa que difícilmente pueda experimentar un dominante, porque o naturalmente o por autoimposición no dejará que sus sentimientos lo avasallen. Vivirá ocultando su monstruosa condición y juzgando lo exageradas que son algunas personas para sentir.

La fatalidad de dominio es propiedad de la asimetría de poder en un par. Nótese que no digo que las relaciones de pares podrían ser asimétricas, digo que siempre lo serán. Es fatal que lo sean. Esa asimetría es un reflejo directo y proporcional de la asimetría de interés, que a su vez resulta innegable. Y aunque a primera vista parezca paradójico, esa asimetría conserva el equilibrio que caracteriza al universo que habitamos y que somos: para alguien con poco poder, alguien con mucho poder; para alguien con mucho poder, alguien con poco poder.

La razón de que las cosas sean así es que dos personas con poder sobre el vínculo destruyen al vínculo. Y dos personas sin poder sobre el vínculo simplemente no tendrían motivos para vincularse.

*

El proveedor (dominante) es quien se encarga de brindar acceso a algo –un valor cualquiera– al proveído (dominado). El proveedor se vale de esa ventaja para someter al proveído. Cuantas menos posibilidades tenga el dominado de obtener proveedores, padecerá más sometimiento por parte de su proveedor ocasional. Es un menesteroso miserable.

El proveedor, a su vez, se sentirá más cómodo en su lugar en la medida en que sepa que no hay competencia. O si la hubiera, deberá competir hasta llegar a la violencia.

El proveído debe conservarse menesteroso (necesitado, insatisfecho) e inseguro. El dominante mostrará una u otra vez (de formas veladas y extremadamente creativas) que puede romper la relación en cualquier momento sin problemas. Sin dudas esa actitud se debe a que se sabe proveeduría.

Quien busca el amor de una persona en particular y se empeña por esa persona, queda automáticamente sometido a los arbitrios y los defectos de esa persona. Quien «se enamora» (se obsesiona por una persona en particular), pierde indefectiblemente. Pero paradójicamente, agreguemos, gana, puesto que posee una vivencia absoluta del amor, de entrega y confianza totales. Mientras que el dominante sólo tiene una vivencia refleja, banal, instrumental; por lo tanto, es quien realmente pierde, porque el dominio es soledad.

*

Las actitudes de dominio son las que hacen visible el grado de poder alcanzado por el dominante. El dominado es permisivo, indulgente. Tiene –metafóricamente– los ojos puestos en la conservación del rehén y no en la dominación del otro. Inclusive puede ignorar por completo lo que ocurre en segundo plano. O le gusta su dominación. Cosa perfectamente posible.

Golpear la autovaloración (el «ego») del otro es una forma de enseñarle a someterse. Es vulgar y mezquino, pero común y eficaz. Y cómodo. Se combate con un sencillo; ¿y vos qué? ¿Vos quién sos para

juzgarme? Pero hablar así es únicamente posible para el dominante. Responder de ese modo implica ir a un conflicto que puede desembocar en un colapso y el dominado no puede hacerlo porque está cuidando del rehén, es decir, del vínculo mismo y sus recursos.

Las actitudes de dominio se detectan. El dominante procurará que sus actitudes de dominio pasen por debajo del umbral de percepción del dominado de modo que este no pueda notar que ha habido una actitud de dominio. También es posible que juegue con su indulgencia.

Una vez detectada una actitud de dominio, al dominado solo le quedan dos caminos: o la indulgencia o el conflicto. El diálogo solo conducirá a una negociación, que lo llevará a ceder o a imponerse; es decir, confirmará la indulgencia o llevará al conflicto.

No quiero dejar de mencionar en este apartado el examen crucial de dominio que llamo el «tirón». Lo llamo así porque me recuerda al pescador que tiene su anzuelo en el agua y, de pronto, siente que el pez ha picado. Si tira demasiado fuerte, podría romperle la boca y quedarse sin nada. Si no tira lo suficientemente fuerte, el pez podría zafarse del anzuelo. El tirón es un acto ritual peculiar de dominio que consiste en poner a prueba el nivel de dominio detentado, avanzando sobre la voluntad del dominado de manera agresiva. Puede ser una amenaza directa de ruptura o la imposición de una regla extrema.

*

Al contrario de las actitudes de dominio, existen las actitudes de sumisión. Contar algo a alguien –por ejemplo– es poner a su consideración algo que hemos sabido o visto, nos ha pasado, hemos hecho o tenemos planificado hacer. Narrarse es entonces otorgarle poder, someternos a la prueba de su juicio; es una actitud de sumisión. De ahí mi reiterada crítica a la labor de los psicólogos. Al narrarnos, le decimos (implícitamente, con el solo gesto) que su criterio es importante y que lo tomaremos en cuenta para dirigir nuestro comportamiento.

Del examen al que se expone quien se narra solamente puede salir aprobado o reprobado. El problema no es cómo salga, sino el gesto mismo de someterse al examen y que le permita a otro incidir en su comportamiento, como si le faltara la completitud que busca en ese otro opinante. Es debilidad pura, sumisión, patética necesidad de aprobación.

Quien demanda que alguien entre en una relación (recordemos que los lugares en las sintaxis se ocupan simultáneamente y no habrá dominante sin dominado ni dominado sin dominante), lo requiere; es un requirente. Quien recibe la solicitud de relacionamiento y decide si entra o no a la relación, es el requerido. El requerimiento es una actitud de sumisión. Al requerir, el requirente pone en una situación

de superioridad al requerido porque le brinda la oportunidad de elegir y someter a juicio la idoneidad del requirente. Es equivalente a decirle al dominante: «juzgame».

Otra actitud de sumisión es la indulgencia. Ser indulgentes es perdonar, pero también permitir. En este caso, perdonar y permitir ciertas ofensas que están en el límite entre serlo y no serlo; que pueden ser interpretadas como tales o no. Esas ofensas son a veces veladas, sutiles; a veces, simbólicas. Otras, directas, grotescas. Nos volvemos indulgentes cuando decidimos no reaccionar, no penalizar, y en ese proceso de creciente abandono de nosotros mismos nos hacemos cada vez más permisivos, con lo que otorgamos el poder a alguien o a algo. Esa falta de reacción a tiempo hace que nos posicionemos como dominados por ese algo o ese alguien. Cedemos terreno lentamente y en un momento dado nos percatamos de que ya no hay vuelta atrás; somos esclavos de algo que hemos fabricado a través de nuestra pasividad indulgente. Hemos caído en una espiral de indulgencia que ha deteriorado nuestra imagen por completo y nos ha arrojado a la sumisión.

Cuando nos sometemos a un dominio, exhibimos signos de debilidad. Un dominante no habrá de perdonarnos que seamos débiles. Un vicio u otra dependencia (afectiva, económica, sexual) es un signo de debilidad y será castigado implacablemente por el dominante. Al dominante lo satisface castigar la debilidad del mismo modo que ocurre en el resto de la naturaleza. Las piezas se acomodan mecánicamente en su sitio, en equilibrio, y termina por distribuirse el poder y las partes de la sintaxis del dominio; el estado se fosiliza y es el modo en el que sobrevive. Es como repartir el guion de una obra teatral. Como ya no hay que improvisar sino seguirlo, los participantes poseen seguridades. El dominado habrá de acumular rencor secretamente y es posible que ese rencor explote en algún momento: creará doble conciencia (es decir, violencia velada) o ejercerá violencia frontal, agrediendo verbal o físicamente.

O sea que la doble conciencia aparece tanto en el dominante como en el dominado. En el primero, como estrategia de eliminación del compromiso; en el segundo, como residuo de dignidad y posibilidad de venganza.

Imaginemos un equipo de fútbol que, por contrato, debe entrar a la cancha perdiendo tres a cero. Entrevistados los jugadores luego de cada partido, se les pregunta qué les parece que entren a la cancha perdiendo por goleada cada vez que juegan. A lo que los jugadores responden con una sonrisa triste: «jugamos, que es lo importante». Esa es la sumisión de la sobrevaloración del estado; «tan poca cosa soy que solamente estar aquí ya es un logro».

*

Como ha sido dicho, el requirente es aquel que requiere el establecimiento de una relación de pares. Cuando una empresa pide que la gente se postule para ocupar un puesto en ella es requirente en el

par empresa/empleado, pero tiene tanto de dónde elegir que es su juicio el que prima y no pierde el control de la situación. Si no le sirve el empleado (es impuntual, no hace bien su trabajo, no asiste con la regularidad deseada) puede echarlo y buscar a otro. Habiendo una abundante mano de obra disponible, esa demanda de trabajo hará más selectiva a la empresa. Es decir que la demanda de trabajo afectará a la oferta. Cada postulante también es requirente, porque necesita el trabajo (o más bien la retribución económica que implica realizarlo), y sabe que tiene mucha competencia. De ahí que deba demostrar que puede servir más y mejor que los otros candidatos a la empresa. Si dos partes se dominan mutuamente tomando como referencia a rehenes diferentes, entonces, a quien le importe más el rehén que le corresponde será el dominado, porque el interés crea al dominado. Si ambas partes están interesadas en un rehén, por fuerza uno debe estar más interesado que el otro y no podrá amenazar la relación. En el caso del par empresa/empleado, la presión de una masa de candidatos quitará interés por cada uno de ellos, haciendo que la empresa sea el polo dominante. Si hubiera una tarea específica que solamente un empleado supiera realizar y no necesitara urgentemente la retribución económica, él podría ocupar el lugar de dominante frente a la empresa. Esto explica, evidentemente, por qué la mano de obra no especializada es menos remunerada y requerida que la especializada.

Mujeres y hombres

La estructura descripta tiene como referencia a nuestra cultura en la actualidad. Otras culturas y otros tiempos podrán o no ajustarse a esta descripción. El comportamiento normal de mujeres y hombres en Asia, África o entre los esquimales o aborígenes seguramente varíe. Lo mismo cabe decir respecto a su relacionamiento en la Edad Media o en el siglo XIX. Aunque esta aclaración es banal, puede haber quienes crean que pretendo que las estructuras que describo son válidas en todo tiempo y lugar.

Pero a mí no me interesa hacer antropología.

Aquí y ahora, en general, las mujeres compiten entre ellas por menos hombres aunque con más recursos. Esto determina que sean, naturalmente, más materialistas y estratégicamente implacables a la hora de evaluar a su pareja. Determina, además, cierto perfil de pensamiento que disponga de la posibilidad de terminar las relaciones sin mayores consecuencias emocionales (la crueldad). Lo que, a su vez, puede generar reacciones violentas por parte de hombres que no estén dispuestos a ser abandonados y no posean los resortes morales que una sociedad sana debió haber puesto en ellos. A modo de ejercicio de imaginación solamente, inviértase la siguiente afirmación: «Julián al fin ha conseguido un buen trabajo. Ahora sí podrá casarse». ¿Acaso no resulta extraño: «Julia al fin ha conseguido un buen trabajo. Ahora sí podrá casarse»? O: «Antonio perdió el trabajo, entonces su esposa lo dejó», con «Ana perdió el trabajo, entonces su esposo la dejó». En nuestra sociedad parece absurdo que una

mujer sea abandonada por perder su trabajo, pero no a la inversa. Las razones profundas de este comportamiento no interesan al presente análisis.

Es más fácil ser indiferente cuando se dispone de suficiente capital de supervivencia o demanda del capital propio. Quien dice casi siempre sí, no llena de valor su «sí». Su «sí» se devalúa. Quien dice casi siempre «no» valora sus «síes». Perderlos es negativo para el otro.

El dominio sólo podrá ser ejercido por quien posea capital de respaldo. Si no tienes capital de respaldo, no existes en el medio; y si existes, tu existencia no será considerada. Es inútil insistir. Debes proteger tu ego. Tu amor propio. Si miras (metafórica y literalmente hablando) hacia las personas que te desprecian, esa es una actitud de sumisión. Existe una relación directamente proporcional entre la presión por interés del capital de respaldo en el rehén y el poder del dominante que posee ese capital y puede negociarlo. Por eso, muchas mujeres condenan a la prostitución explícita mientras practican una prostitución velada, de hecho, secreta. La prostituta declarada, con su trabajo, quita presión sobre la sexualidad masculina, tiene sexo directamente por un pago acordado sin ambages. La prostituta cara, la no declarada, la condena porque le hace perder poder. Esta prostituta no negocia frontalmente, sino que establece las reglas de relacionamiento a través de rituales que dan a entender qué es lo que quiere; es esperable que esta actitud sea el origen de una brutal doble conciencia. Por eso en nuestra sociedad se condena también a la masturbación masculina. Porque disminuye el interés y la disposición a la realización de sacrificios. Un hombre con necesidad sexual es capaz de cualquier acción de sometimiento. También sufre la misma sanción velada, encubierta, la homosexualidad masculina. En ese sentido, podríamos hablar de una suerte de «corralito del varón heterosexual». Por un lado, la naturaleza lo empuja a satisfacer su deseo sexual, por otro, percibe la penalización velada o explícita de la homosexualidad, la masturbación (y la pornografía, que es solamente una herramienta para la masturbación) y la prostitución; entonces, sólo le queda negociar con las hembras heterosexuales en sus términos: ser requirente y, en consecuencia, sumiso. Como ganado al matadero, es llevado por un camino con una única salida y espoleado salvajemente por la Madre Naturaleza para que avance.

Si esta dinámica es necesaria para la supervivencia de una especie, las entidades se adaptarán a los roles asignados por la sintaxis. Es la naturaleza dominando. Negarse es pedirle a una estrella que no brille, al viento que no sople, al estómago que no pida comida. Universo, naturaleza y necesidad son una sola cosa.

Una entidad se hará menesterosa (el macho heterosexual), la otra, paciente, manipuladora y cultivará el señuelo (la hembra heterosexual). La menesterosa buscará maneras de dejarse admitir en la trampa (¡y todavía alegrándose de ser cazada!). Puede fingir indiferencia, pero será una mera estrategia de admisión.

Ante las propuestas de rol, o nos especializamos o asumimos el fracaso de especialización.

Si nos especializamos en un rol, nos atrofiamos en otros, necesariamente. La atrofia es el precio mismo que debemos pagar por la especialización. Lo que vuelve a confirmar la idea de un universo en equilibrio.

Si no podemos especializarnos, vamos a la asunción del fracaso de especialización y nuestras energías se redistribuyen. Porque ya no deben invertirse en el proceso de especialización, que consume mucho tiempo y mucha energía.

En la interacción entre hombres y mujeres, igual que en otras especies como los pájaros, el macho se especializará como un individuo competente dentro de las relaciones de consumo y obtención de valor. Legal o no. Es un cazador. Le guste o no. Así es la naturaleza.

La hembra atraerá al macho y juzgará su valor en función de sus habilidades para obtener réditos económicos y compartirlos con ella. Es juez natural de las habilidades del macho como en muchas otras especies (tengo en mente esos pájaros bailarines o los pobres pingüinos que cuidan piedritas como si fueran huevos), lo que la coloca inmediata e incuestionablemente en el rol dominante. Es su modo de cazar: el hombre caza por persecución; la hembra, por emboscada.

Podríamos identificar con claridad una lírica de la sumisión, reiterada hasta el hartazgo en las letras de canciones que hombres dedican a mujeres. También está presente en las telenovelas y en la poesía desde sus inicios.

Al especializarse, el macho se vuelve cada vez más interesado en lucir un bienestar, real o no. Lo que no deja de significar un reconocimiento atroz de la naturaleza mezquina de la mujer, incapaz de apreciar valores que estén más allá de las necesidades materiales, económicas. Inclusive cuando ellas declaran que un hombre las atrae por su capacidad de demostrar sentimientos y empatía lo que dicen en segundo plano es que lo que las atrae es la posibilidad de hacer de él lo que ellas quieran, porque demuestra constantemente sumisión ante ellas. Cuando esos hombres caballerosos reciban el sueldo se lo darán a sus señoras; cuando lleguen las vacaciones ellas decidirán qué harán; ellas serán quienes dicten cuándo tendrán un hijo y dónde vivirán. El común acuerdo para la mujer es siempre una mentira necesaria para confirmar su dominio. Doble conciencia.

La hembra intenta atraer al macho a través de su apariencia física, propuesta como señuelo. El macho, primitivo e ingenuo, actúa instintivamente, como un animal más. Para la hembra, su señuelo primario es su apariencia. Luego, sus habilidades sexuales. Para el macho, su señuelo primario son sus habilidades económicas, luego, su apariencia.

Es curioso que algunas mujeres reprochen a sus maridos falta de imaginación, cuando los eligieron por ser trabajadores y tener un buen pasar económico (en resumen, su capacidad de venderse en el mercado laboral). Es también curioso que muchos hombres les reprochen a sus mujeres falta de inteligencia o una cierta inclinación recurrente a la frivolidad, cuando las eligieron por su belleza física. Deberíamos recordar por qué elegimos a una pareja cuando viene el tiempo de los reproches.

La competencia está detrás de todo el problema del dominio. De hecho, se trata del concepto mismo de dominio. La relación de competencia se ejerce para obtener dominio territorial: un hombre, una mujer, un lugar, un trabajo, una cosa, son territorios. Competimos como animales por ellos. Las hembras con las hembras, los machos con los machos; los machos con las hembras, las hembras con los machos. Sacar ventaja como sea es la premisa. La sexualidad es una herramienta más, vulgar y biológica.

*

Quien juega a un juego desconociendo sus reglas es castigado por el juego con la derrota. Todo juego es capaz de castigar la ignorancia de sus reglas.

Cuando un grupo cualquiera adopta como emblema de odio una cosa, una idea, un símbolo, ese emblema se transforma inmediatamente en un símbolo de cohesión de grupo. De esa unidad emerge el poder del apoyo mutuo. El emblema de odio es la idea más importante para el grupo, más que sus propios ideales. Porque los ideales solamente pueden ser puestos a prueba frente a la amenaza del emblema de odio y alimentará al rencor de grupo, lo que servirá de anestésico para la capacidad de raciocinio y sumergirá a los integrantes del grupo en cuestión en un movimiento inercial irreflexivo, cómodo; en un frenesí pirañesco. «¡Odiemos!» es una de las consignas más vulgares. Porque odiar a algo es amar su contrario. Y, sobre todo, amar con otros.

La victimización es el modo en que nos presentamos ante los demás como víctimas, intentando borrar todo rastro de «victimariarización» (el término no existe, pero debería existir) en nosotros. Quien se victimiza intenta borrar todo rastro de sí como victimario y señala a un otro como victimario, de tal modo que el mundo queda dividido en dos partes: las «víctimas como yo» y los «victimarios como ellos».

En un mundo ideal, que pudiéramos crear a nuestra entera voluntad, el dominio podría no existir. Pero el mundo en el que vivimos no es ese. No podemos hacerlo a nuestra voluntad. Se nos impone por una dinámica grupal sobre la que no poseemos control alguno.

Que la realidad sea en última instancia intersubjetiva no significa que podamos moldearla a nuestro arbitrio.

Y en este mundo real, no ideal, inevitablemente se establece el dominio en toda interacción entre voluntades. Nos guste o no, es algo que siempre ha ocurrido y siempre ocurrirá. En vez de negarlo o disimularlo debemos objetivarlo, apartarlo, para verlo y estudiarlo. Esto es, para que la razón actúe sobre él y nos ayude a sobrellevarlo.

¿Qué es la crueldad en este contexto de análisis, en este ámbito analítico? La crueldad define a un modo de actuar peculiar, que se sustenta en la falta total de empatía. Cuando alguien ahoga a unos gatitos recién paridos en un balde porque nadie se hará cargo de cuidarlos y alimentarlos y constituirán un problema, actúa de un modo estrictamente racional, pero (a salvo de distinciones espurias como si es una racionalidad instrumental o de otro tipo) su razón está muy lejos de cualquier condicionamiento moral que impida sus acciones. Es decir que, por voluntad o no, es capaz de anular el juicio moral sobre lo que hace. Y, claro está, es necesaria una mirada exterior, que no anule los valores morales de referencia, para juzgar que existe crueldad. Nuestro «asesino de gatitos» aunque sepa que lo es no se llamará a sí mismo de ese modo. No sentirá lástima ni culpa. Una mirada externa reconocerá la crueldad. Y esta estructura puede extrapolarse, por muy distintas que sean, a otras situaciones menos intrascendentes que contrapongan razón y moral (genocidios, aborto, pena de muerte, creación de armamento para la guerra, entre otras).

La crueldad solamente puede ser ejercida desde un corazón muerto. Desde una personalidad fría, desensibilizada, indiferente, para la que es posible comportarse como una máquina implacable. No debe haber interés alguno en el otro para ejercer la crueldad sobre él. Por lo tanto, es característica de una persona mezquina y, estrictamente, enfocada en finalidades que poco o nada tienen que ver con la real valoración del otro.

Entre dominante y dominado solamente el dominante es capaz de ser cruel, debido a que puede jugar a gusto con el dominado. La propia amenaza constante de ruptura que caracteriza al dominante es crueldad. Y lo es porque dispone de la voluntad del otro.

Quien es cruel porque posee la ventaja de tener bajo amenaza a otro puesto que amenaza al rehén simbólico no vale nada como persona, no debe ser siquiera considerada como tal. Es solamente un cascarón de ser humano que anda por el mundo, generando tristeza y desesperación en quienes realmente son capaces de sentir.

Ante todo lo que vengo diciendo hasta aquí, podría creerse que acuso a un sexo o a un género –como quiera usted– de crueldad. Lo cierto es que la crueldad no tiene género, ni edad, ni época, ni cultura. El dominio tampoco. Pero el alcance de mis afirmaciones debería ir hasta la invitación a la reflexión. Que su propia conciencia le diga qué hay de cierto en mi discurso y qué no.

Finalmente, con respecto a la voluntad femenina como impulsora de la voluntad masculina y demandante de sumisión por parte del varón, véase el siguiente fragmento de *El vagabundo de las estrellas* de Jack London, en traducción de Mari Luz Ponce Hernández, para Alianza:

> En ocasiones pienso que la historia del hombre es la historia del amor por la mujer. El recuerdo de todo mi pasado que ahora escribo es el recuerdo de mi amor por la mujer. Siempre, en las diez mil vidas y formas que tuve, la amé. La amo ahora. Mi sueño se llena con su presencia; las fantasías de mi vigilia, sin importar dónde comiencen, me guían siempre hasta ella. Resulta imposible escapar de ella, de su eterna, espléndida y deslumbrante figura de mujer.
>
> Ah, no te equivoques, lector. No soy un joven ardiente e inmaduro. Soy un hombre de cierta edad, con el cuerpo y la salud destrozados, cercano a la muerte. Soy un científico y un filósofo. Y, como todas las generaciones de filósofos anteriores a mí, conozco a la mujer en lo que es: su debilidad, su mezquindad, su falta de modestia, su deslealtad, sus pies pegados a la tierra, sus ojos que jamás han contemplado las estrellas. No obstante, hay algo irrefutable y eterno: sus pies son hermosos, sus ojos radiantes, sus brazos y sus pechos son el paraíso, su encanto supera todas las maravillas que jamás hayan deslumbrado al hombre; y, del mismo modo que el imán arrastra inevitablemente al metal, la mujer arrastra inevitablemente a los hombres.